

ANALES
DE LA
UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR



NUMERO EXHIBICION ORDENADO

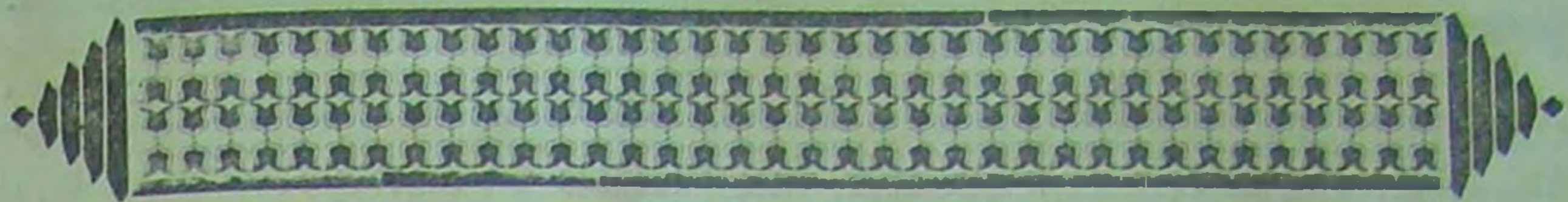


QUITO—1902

Imprenta de la Universidad, por Julio Sáenz R.



Doctor ASCENCIO GANDARA



ORACION FUNEBRE

EN HONOR

del Señor Doctor Don Ascencio Gándara

PRONUNCIADA POR EL SR. DR. ULPIANO PÉREZ QUIÑONES
EN LA IGLESIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
EL 22 DE OCTUBRE DE 1902

*Disciplina medici exaltavit caput
illius, et in conspectu magnatorum co-
laudabitur.*

El médico será elevado por su ciencia á los honores, y por ella celebrado entre los grandes.

ECLESIASTICO. XXXVIII, 3.

Señores Profesores, Señores:

¡Qué?; y resonarán desde la Cátedra Sagrada los elogios de la ciencia? ¿Podrá el vocero de la verdad revelada emplear su ministerio en hacer conocer al mundo los beneficios que la humani-

dad reportó de la sabiduría de un diestro médico? . . . Permitidme un recuerdo del santo Evangelio: Jesucristo para cimentar su doctrina y acreditar su misión divina curaba, curaba milagrosamente enfermedades corporales. Diez leprosos clámanle desde lejos en el camino de Galilea: Jesús preceptor nuestro, le dicen, compadécete de nosotros. Ya están curados; pero uno sólo de ellos regresa hacia su médico á rendirle acción de gracias. ¿Mas no fueron diez los sanados?: dice el mansísimo Salvador; y la lepra torna a cubrir la carne de los nueve ingratos.

Lejos de nosotros, Señores, la lepra de la ingratitud; regalo de Dios es la ciencia y preciosísimo regalo, como destello que es ella de la propia luz de Dios y en la que habita; regalo de Dios son los hombres dotados de las facultades para adquirir aquella ciencia y usarla en beneficio de sus semejantes; pero sobre todo, valioso don del dueño de las ciencias, son las dotes de probidad, con que al poner en práctica tales conocimientos, se los hace no solo admirar sino amarlos y buscarlos: el Señor crió al médico, dice la Escritura divina, y de Dios procede todo medicamento, lo que eleva empero al médico á los honores, es el recto ejercicio de su ciencia, *Disciplina medici exaltavit caput ipsius*.

Nada hay, pues, de extraño en que al tiempo de rogar á Dios por el eterno descanso del alma del SEÑOR DOCTOR ASCENCIO GANDARA, nos elevemos al mismo Dios autor de las prendas que éste poseyó, al ver en concreto, como lo vamos á ver, á un médico probo en el ejercicio de su profesión y probo en su hogar; ¿por qué no cumplir desde la cátedra del Espíritu Santo, la sentencia de El mismo: al médico sabio hay que alabarlo en la asamblea de

los grandes, *et in conspectu magnatorum collaudabitur?*

Esto vengo á cumplir hoy, Señores, correspondiendo á vuestro deseo, asociándome á vuestro dolor, llorando con la sociedad que ha llorado en la tumba del SEÑOR DOCTOR GANDARA, uniendo mis ayes á los del pueblo que perdió en él un benefactor; representando, aunque indigno, la voz de la Iglesia, tierna madre que así como se regocija en las cunas con las nuevas madres, llora en los sepulcros con los huérfanos y viudas; tratando sobre todo de presentar ante este féretro la luz de la fe para lección de los presentes y eficaz lenitivo del cristiano hogar que vió eclipsarse de un golpe la luz de todas sus alegrías.

*
* *

Hay en las divinas letras ciertos relatos que bien pueden adaptarse como emblemas ó apólogos que representan á la humanidad entera. Ved, por ejemplo, la historia interesantísima de Tobías y en ella encontráis un misterioso personaje que prodiga bienes á esa familia patriarcal obligándola á un reconocimiento indeleble por los favores que le dispensa. En los bienes con que el Arcángel San Rafael regala á ese hogar, vese una acabada alegoría de los que la Medicina reparte á la familia humana. ¿Qué retribuiremos, dice el joven Tobías, al Santo varón que me ha acompañado en el viaje, que me llevó y restituyó sano y salvo, que me libró del gran pez que iba á devorarme y que ha devuelto á mi anciano padre, el inestimable bien de la vista, hacién-

dole ver la luz del cielo? ¿Qué recompensa hay proporcionada á tanto beneficio?

Y el Arcángel no recibe dinero; guarda sigilosamente el origen de su misión y los planes con que Dios le envía á él como á médico y guía, usa de indefinible caridad y se preocupa simultáneamente de la salud corporal y espiritual de aquella singular familia.

Esta es, Señores, la misión benéfica del médico entre la humanidad: él ha de tener angélica probidad si ha de corresponder al encargo que el Señor le ha confiado; en él tiene que haber ciencia que lleve las aspiraciones de una timorata conciencia, y ha de haber reserva, caridad, prudencia con absoluta exención de torpe avaricia. ¡Noble como encargo de Dios, es su tarea. ¡Feliz la sociedad que los recibe en su seno! ¡Quién nos diera que ellos sean inmortales!

EL SEÑOR DOCTOR GANDARA, de cuyos importantísimos servicios nos vemos ya privados, poseyó en alto grado esta probidad médica. Para adquirir la ciencia, llave que abre el santuario de esta probidad, ajusta su juventud toda, entre escaseces y privaciones, á la turquesa que forma los sabios, y es una abnegada subordinación al deber; así adquirió los conocimientos fundamentales de la ciencia. Dan fe de ello los profesores que fueron del **SEÑOR GANDARA**, los renombrados maestros Don Buenaventura Proaño, que le enseñó humanidades, como profesor que ha honrado á la Universidad de Santo Tomás de Aquino; el Padre Fray Tomás González de la orden mercedaria y el Doctor Don Manuel An-

gulo, profesores de filosofía los dos últimos, en el Colegio de San Fernando éste, en el de San Luis aquel, de quienes recibió sus luces el joven GANDARA con tanto aprovechamiento que apenas entrado en la adolescencia obtuvo el grado de Maestro en Filosofía.

De diez y ocho años figura ya como alumno de esta Universidad y desde luego empieza á destellar su genio médico, como lo manifestaron los certámenes públicos en que sostuvo las materias de Cirugía y Clínica, con tanto lucimiento que pronto dieron á sus profesores la convicción de que el SEÑOR GANDARA había sido dotado por Dios del marcadísimo criterio médico, que le distinguió toda su vida.

¡Don de Dios, Señores, al que cooperó el joven estudiante á satisfacción de sus notables profesores; á satisfacción, nada menos que de aquellos que han hecho repercutir el nombre de la Universidad Central de nuestra Patria en los ámbitos de otras naciones Sudamericanas: los Doctores Vergara y Gala, Espinosa y Acevedo, Latorre, Villavicencio y Jameson!

De veinte y cinco años gradúase de Médico, é incorporado al cuerpo de facultativos, pasa á ejercer su profesión en la ciudad de Latacunga. La coronación de su carrera significaba en el DOCTOR GANDARA doble triunfo: uno obtenido con honor en el arduo campo literario, otro heroicamente conquistado sobre los obstáculos casi insuperables del aislamiento, escasez y contradicciones en que le pnsó su temprana horfandad.

La ciencia, Señores, he dicho que no es separable en el médico de la probidad; no, es la primera y resplandeciente aureola con que ha de presentarse este ángel de la humanidad doliente. Lo que pasó con el **SEÑOR DOCTOR GANDARA** luego de graduado, está manifestando que así lo pensaba él; pues así lo ejecutó dejando brillante ejemplo que seguirá á la juventud que entra por las nobilísimas sendas de las carreras profesionales.

Graduado de Doctor, y ya en el ejercicio de su profesión, él no deja los estudios; dedícase al aprendizaje del idioma inglés para abrirse nuevos horizontes en la ciencia que había adoptado; acerca las horas de reposo, da despreciativos coces al aguijón del sórdido lucro, olvida las intranquilidades con que las privaciones pecuniarias habían saturado su juventud de estudiante; y, poniendo su mirada en lo alto del porvenir y de la ciencia, dase á estudiar de nuevo, se engolfa en la escuela médica inglesa. Como si los años escolares le hubieran servido tan solo como ejercicios para aprender á caminar, mira su vida entera como un viaje á las encumbradas regiones de la verdad y del bien. ¡Cual los viajeros exploradores de nuestros hermosos Andes, el **SEÑOR DOCTOR GANDARA**, de jornada en jornada, de meseta en meseta, de cima en cima, va descubriendo nuevos horizontes, y estos le van estimulando á más arriesgadas escursiones; ¡Así es el camino de la verdad, Señores; termina en el elevado monte de la perfección absoluta que es Dios, *ego sum via et veritas!*

¡**Ah!** Cómo se vé en el constante carácter y en la inquebrantable energía del **SEÑOR DOCTOR GAN-**

DARA, haber sido educado, como en efecto lo fué, por personas verdaderamente cristianas, que por lo mismo le iniciaron en el apego al deber y en la afición al bien.

No puede decirse de él cuando dejó los estudios, y no puede decirse porque en efecto no los dejó hasta ser sorprendido por la muerte. Avanzó en los conocimientos modernos; aceptólos unos, sondeó otros, despreció alguno; pero estudió hasta las últimas teorías de Pasteur, Koch y Macé, llegando á tener tanta fe y confianza en la ciencia hasta el extremo de creer que ésta podría prolongar los días del hombre hasta la avanzada edad en que sobreviene naturalmente la inanición.

¡Soldado noble y pundonoroso de la ciencia; conocedor de las fortalezas que ésta posee, creíalas inexpugnables, sin darse cuenta, por su hidalguía, de que el enemigo astuto contra el que lucha, válese de celadas y penetra como ladrón *tamquam fur mors*, según la expresión de la Sagrada Escritura! El mismo esperaba para sí y los suyos este triunfo; y el 30 de Julio pasado, con los ojos fijos aún en el horizonte de la medicina, no reparó en que el traidor enemigo había asaltado su propio tálamo, y que por estratagema para él desconocido y para nosotros inaudito, la muerte con un solo mandoble, cortaba el hilo de dos vidas, antes que atreverse á romper el lazo de dos corazones santamente unidos por amor conyugal jamás desmentido.

*
* *

Os decía que el DOCTOR GANDARA jamás dejó los estudios, dato que habla muy alto en favor de

la probidad médica, y que al mismo tiempo dá la clave de esa serie de títulos honoríficos que le discernieron los gobiernos, las corporaciones científicas y la junta administrativa de la Universidad: *disciplina medici exaltavit caput ipsius, et in conspectu magnatorum collaudabitur.*

Los fastos de la vida profesional del SEÑOR DOCTOR GNNDBRRB desde 1862 son una no interrumpida y brillante cadena de nombramientos y honrosos títulos que verifican á maravilla esta expresión del libro santo. Es profesor sustituto de Patología y Medicina legal, de Terapéutica, Materia médica, Clínica y Farmacia; de Patología y Clínica interna, de Patología general, Nosología y Anatomía patológica. Y después es profesor propietario, [título adquirido en honrosísima justa científica en 1881] de Clínica en esta Universidad; y en ella misma desempeña por tres ocasiones diferentes el alto puesto de Rector.

Ha concluido su carrera venerado como Decano del ilustrado cuerpo médico que alivia las dolencias de nuestra Capital! Así debía concluir sus días lleno de méritos el probo médico, dejando á sus discípulos, concolegas y amigos el luminoso recuerdo de que **AL MEDICO SU CIENCIA Y PROBIDAD ELEVA Á LOS HONORES; QUE Á ÉL RINDEN TRIBUTO DE ADMIRACIÓN LOS MAGNATES;** ¡Ah de padre de los médicos debía morir quien les dejaba pingue herencia más aún que de conocimientos, de probidad en su noble arte!

*
* *

Son las pasiones políticas como las grandes tormentas físicas que en su impetuosidad amenazan descuajar los bosques arrancando de raíz robustos y seculares árboles; mécese estos agitados por el viento, sacuden su gijantezco organismo, vibran sus hercúleos brazos, crispan como poseidos de febril convulsión los nervios de su contextura entera, y llegan al caso de sacudir su elevada cabellera, y pasearla por los espacios, como si la cabeza de un titán, poseída de vértigo, hechara escrutadoras miradas para descubrir mejores sitios á donde trasladarse. ¡Ay! de los árboles si cediendo á esta corriente se desligan del terruño que les nutrió; ¡Ay! de ellos si se independizan del regazo materno que los abrazó desde los primeros años! Esto hacen las borrascas en lo físico; esto mismo hacen las tormentas políticas en lo moral; por fortuna para los individuos como para aquellos árboles, el remedio es uno: abrazarse con el regazo materno, estrecharse en los momentos de tormenta al firme terreno.

La Iglesia, madre fecunda de sabios y de santos y sus incommovibles enseñanzas son para los individuos este regazo salvador; al desligarse de éste, llegado es para los individuos el caso de repetirles lo del salmista: *vidi inpium superexaltatum et elevatum sicut cedros Libani et transivi, et ecce non erat; et quaesivi eum et non est inventus locus ejus;* como cedros elevadisímos del Líbano ví á los impíos; cuando á mi regreso no los encontré, averigüé por su paradero y no quedaba rastro de ellos! Se clama hoy que la Iglesia es enemiga de la Ciencia,

refractaria del Progreso; no comprendo á la verdad, Señores, de donde nace esta inculpación tan gratuita como repetida, tan calumniosa como refutada. No lo creyó así el DOCTOR GANDARA al exponer en uno de sus discursos, que la Iglesia en tiempos de decaimiento científico había salvado el depósito de las ciencias aún físicas: “en la edad media, dice, las ciencias se refugiaron en los conventos;” no lo creyó así el probo médico que jamás se avergonzó de practicar el precepto de la santificación de las fiestas, como atestigua todo el público que lo veía en Misa los Domingos; ni como había de pensarlo así quien habiéndose opuesto noblemente á la sanción de la inicua Ley del Patronato, por parecerle indigna de la Libertad y de la Honradez, ha dejado á su familia como cuantiosa herencia la constancia de su voto negativo sobre tan afrentosa usurpación, indigna de un corazón recto y católico!

¡Valiosa herencia, Señores, que la honorable familia del SEÑOR DOCTOR GANDARA debe conservar religiosamente, como conserva el rico legado de virtudes cristianas con que adornó su hogar el probo médico, pues formólo en las practicas y doctrinas católicas: rezaba con los suyos el Rosario de María, donde se la implora repetidas veces para la hora de la muerte; llevaba consigo siempre una imagen de la que es *Cousoladora de los afligidos y Salud de los enfermos*. ¡Ah! con razón tanto acierto en la aplicación de su ciencia!; ¡con razón en sus últimos momentos la Iglesia le asiste con solicitud de Madre, y espira él entre los brazos de la Cruz redentora!

De este fondo de religiosidad provino al DOCTOR GANDARA, aun en medio de las borrascas políticas, á las que á la verdad no fué extraño, aquella

inquebrantable probidad médica, que arrancaba de los labios aún de sus adversarios políticos la máxima del libro santo: *Honora medicum propter necessitatem*; de tal médico necesitas, hónralo. Todos necesitaban, en efecto, de él, y á él podían acudir con confianza; pues era probo. Y el rico acaudalado acudía con confianza; pues el médico de recto corazón es refractario de la injusticia, sabe que no le es lícito aprovechar de las dolencias físicas para efectuar sangrías en la fortuna del doliente. El DOCTOR GANDARA ni exigía ni aceptaba honorarios exedentes al trabajo por el empleado; muy al contrario, hasta los estipendios ofrecidos espontáneamente los cercenaba él cuando creía manchar su conciencia ó hacer odiosa la profesión destinada al consuelo de la humanidad paciente. Y el pobre? . . . ¡Ah! la caridad cristiana, atmósfera donde respira la Probidad médica, circundaba la persona y la casa del sabio médico que nos ha dejado: el pobre recibía de él no pocas veces, con las luces de la Ciencia, el dinero para las drogas y saludables consejos para la moralización de las costumbres!

Se ha verificado, Señores, en el SEÑOR DOCTOR GANDARA la bella frase de San Agustín: *per Charitaten pervenitur ad plenitudem scientiæ*, por la Caridad se llega al ápice de la Ciencia. La simple filantropía es para la Ciencia como aquellos esclavos griegos que se sepultaban en la misma huesa con el Señor á quien habían servido; pero la Caridad alcanza para la Ciencia la única corona que vuelve inmortales, ella hace sobrevivirse los hombres á sí mismos, *Charitas nunquam excidit*, la Caridad no fenece. Y con ésta no fenecerá, la Ciencia del SEÑOR DOCTOR GANDARA; porque á vosotros, señores facultativos, y á vosotros sus discípulos, deja luminoso ejemplo de la ciencia caritativa, ejemplo que

no hecharéis en olvido. ¡Sobre el crecido acervo de ingratitude que los hombres hacinan en torno á la memoria de los Sabios, la Caridad, antorcha luminosa en mano, vigila, repitiendo á las generaciones que se suceden: *honora medicum*, honra á esta clase de médicos!

*
* *

La asamblea de los grandes está tributando hoy, en cumplimiento de la palabra divina, aquilatada alabanza al sabio médico. ¡Qué significativa es, en efecto, la manifestación rendida aquí, en este santo Templo, á la memoria del DOCTOR GANDARA: es bellísima corona de inmortales flores, colocada por mano del Saber en la tumba de la Probidad!

¡Sí Señores, este funeral representa nada menos que el tributo de una fe practica en el fundamental y consolador misterio de la inmortalidad del alma; ¡hermosa siempreviva, digna de la corona del Saber, no menos digna en la tumba de la Honradez médica! Representa las no marchitas cinerarias de la admiración por las virtudes que adornan á la profesión del médico, todas ellas virtudes eminentemente cristianas: ¡qué indeleble aroma el que despiden estas flores, propias de la Sabiduría que tiene por principio el temor de Dios! Representa la piedad, esa rosa blanca que brotada en los jardines de la Religión, acaba de abrirse sobre las lozas sepulcrales, al calor del incienso que se difunde desde la oblata, cuando elevamos plegarias por los

que pasaron antes que nosotros á la otra vida: ¡pura flor que así dice bien en manos de la Ciencia como en la tumba del cristiano facultativo! Representa tambien las violetas de la gratitud que imperecedera, bienque oculta, brota espontánea en los corazones beneficiados por la caritativa ciencia: ¡fragantes flores, bien merecido tributo á la grandeza modesta de la Ciencia!.....

Todo esto significa la corona del respetable cuerpo universitario de Quito en torno al féretro de uno de sus distinguidos miembros, del sabio y probo médico; á quien Dios misericordioso dé su eterno descanso, y sobre quien brille la luz perpetua de la gloria!

ASI SEA



ELOGIO FUNEBRE

A LA MEMORIA

DEL

Sr. Dr. Ascencio Gándara

POR EL

Sr. Dr. Dn. Ricardo Ortiz

PROFESOR EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR

Señores:

Nos hemos reunido en este augusto recinto de la Ciencia, para tributar el homenaje debido á la memoria de un profesor ilustre, de un compatriota nuestro meritísimo; á quien las virtudes y los conocimientos, consagrados al bien de la Sociedad, levantaron á muy distinguido asiento, entre sus conciudadanos, laureando su frente con la envidiable corona de respeto, estimación y gratitud que pocos

alcanzan, y á cuya posesión debemos aspirar para honra propia, bien de nuestros semejantes y gloria de la Patria.

ESE profesor eminente fué el **Señor Doctor Don Ascencio Gándara;** y la Facultad de Medicina de esta Universidad se ha dignado designarme para intérprete de los sentimientos y afectos que la dominan en este acto solemne; sin fijarse en que mi insuficiencia es obstáculo insuperable á mi anhelo por corresponder á su honrosa confianza. ¿Qué puedo decir yo, Señores, en el desempeño de cargo tan superior á mis aptitudes, si se trata de la apoteosis de grandes merecimientos, cuyo cumplido elogio requiere elocuencia y dotes literarias que no poseo? . . . Pocas palabras, y por desgracia, desaliñadas y lánguidas! Sed, pues, indulgentes y completad este imperfecto y pálido bosquejo con el colorido que os brinda, sin duda, la intensa luz de vuestros recuerdos. Todos los comprofesores y discípulos del ilustre médico, cuyo fallecimiento deploramos, tenemos hondamente grabadas en el alma y en el corazón las relevantes cualidades, ya naturales, ya laboriosamente adquiridas y cultivadas, que le sirvieron para dar vigoroso impulso á la ciencia y multiplicar sus beneficios en el seno de nuestra Sociedad, que ha sabido recompensarle ofrendándole en la tumba sentidas lágrimas.

El 17 de Octubre de 1829 nació en esta ciudad de Quito el que, con el andar del tiempo y á fuerza de constante labor y perseverante desvelo, había de señalarse entre sus conciudadanos, con el título y nombre de **Doctor Ascencio Gándara**. No le presentó el mundo dorada cuna, ni la humilde en que fué mecido ostentaba blasón de encumbrada alcurnia; la nobleza suya y de su familia comienza en él, conquistada con el trabajo propio, con personales sacrificios y con una conducta moral intachable; en medio de las amargas privaciones con que la Providencia eleva los quilates al mérito. Sus padres:— Don José Antonio Gándara y Doña Natividad Aguirre—le recibieron como emblema de risueña esperanza, esperanza que debían convertir en satisfactoria realidad mediante la educación intelectual, moral y religiosa que, en el hogar doméstico, en la escuela, en el colegio, es la palanca que levanta á las almas muy sobre el nivel, en que, sin élla, vegeta estéril nuestra flaca naturaleza. Pero antes de llegar á su término tan laudable faena, la muerte cubrió con sus fatídicas alas al pobre hogar: padre y madre fueron arrebatados por élla, y el hijo quedó en mísera orfandad, sólo con el patrimonio de un nombre honrado, y los gérmenes que, sembrados por la paterna solicitud y ternura, debían fructificar más tarde y á pesar de la fortuna, esquiva, por lo común, con los necesitados de sus favores, com-

placiente y generosa, de ordinario, con los que no han de convertir sus larguezas en bien de la indigencia y desventura.

Y ¿cómo un niño huérfano, pobre y sin poderoso valimiento, pudo ascender á los altos puestos sociales en que le vimos hombre? ¡Ah! El Cielo le había favorecido con sobresalientes dotes para elevarse á la cima que, desde los primeros días de la adolescencia, fué el blanco de sus nobles aspiraciones; y la incontrastable voluntad, y la infatigable perseverancia que eran el fondo de su natural carácter, fueron los sostenes con que, de escalón en escalón subió, sin vacilar un punto, á esa anhelada cumbre, venciendo los obstáculos que le oponían la pobreza y el desamparo, y dando elocuente lección de serenidad y fortaleza en medio de las contrariedades de la vida.

El desamparo dije, Señores; pero debo talvez retirar esa palabra; porque el huérfano pobre no se vió en un todo desamparado. Parientas bondadosas, pobres también de bienes de fortuna, pero ricas de caridad, hicieron para él oficios de madre, dando así irrefragable testimonio de lo que puede y es capaz esa virtud sublime encarnada en corazón de mujer. Madres adoptivas, compartieron con el huérfano el pan ganado con duro trabajo, y en cuanto podían, le facilitaron la prosecución de

la carrera de estudios que había de coronarse con espléndido resultado. Por esta razón no vacilo en asegurar que á éllas debe, en buena parte, la Facultad de Medicina una de sus más preciadas glorias, la de haber tenido á su frente, como Profesor y Decano, al **Doctor Gándara**, al hombre formado en la adversidad, para realzar la nombradía de un Cuerpo docente, célebre en la República por la extensión y profundidad de los estudios científicos, teóricos y prácticos. A éllas debieron los enfermos el tener un genio benéfico ocupado en calmar dolores, enjugar lágrimas y prolongar, en lo posible, su existencia; luchando con admirable entereza y tesón imperturbable, en los incesantes combates que sostenía diariamente contra la muerte, ávida de humanas víctimas. Oh caridad, ejecutora de bondadosos y recónditos designios providenciales, bendita seas!

De esa manera, por escabrosa senda sembrada de espinas, llegó el **Doctor Gándara** á la altura en que le hemos visto brillando sin interrupción; pues, graduado de Doctor en 1853, en 1862 entró como Maestro de la juventud, á los claustros de la Universidad; en 1864, fué Director del Hospital Militar; en 1880 y 1898, tuvo á su cargo el Rectorado de la primera corporación científica ecuatoriana; y en 1901 la Facultad de Medicina, mirando por su propia honra, le constituyó su Decano. Así el niño huérfano

y pobre alcanzó, en rigor de justicia, cuantos honores puede ambicionar un médico en nuestra Patria; y en todas esas ventajosas posiciones, debidas á la excelencia de las cualidades personales y á los más conspicuos merecimientos, se vió siempre rodeado de general simpatía, de pública estimación y del justo respeto que se granjea el hombre que, sin trepidación ni desvío, sigue el camino del deber, tanto más glorioso cuanto más arduo.

Si *el deber*, espectro pavoroso para los que quisieran tener en sus manos el monopolio de todo derecho, fué para el **Doctor Gándara** objeto de especial y perenne culto: y le veía personificado él en los discípulos agrupados al pié de su cátedra; y le oía en los ayes de los enfermos entregados á su sábia y generosa solicitud; y le percibía hasta en las últimas palpitaciones de los corazones, que se despedían de la vida. *El deber*, aunque austero siempre, se presentaba á sus ojos revestido de seductoras formas; y de ahí la insaciable sed de ciencia, la dedicación asídua al estudio de la Medicina, el amor á los libros que fueron, si cabe decirlo, su pasión dominante, durante los largos años que le concedió el Cielo para provecho de la juventud estudiosa, alivio y remedio de innumerables dolencias é incremento de la ciencia misma.

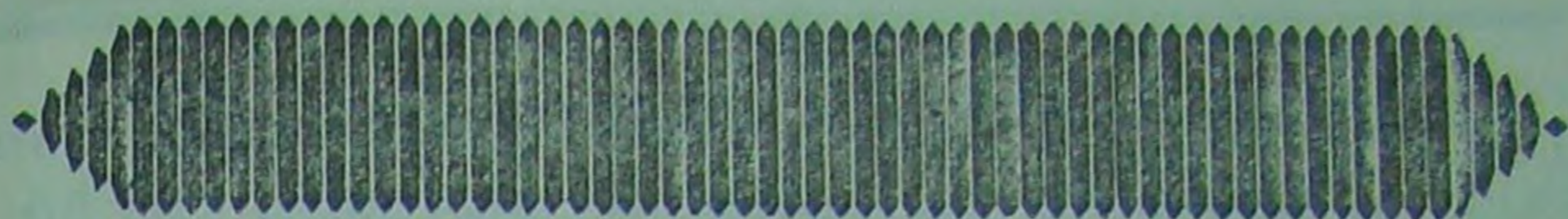
PERO *el deber* no le encerró de un modo exclusivo en los términos de la profesión que adoptó desde joven para la práctica del bien; llevóle también al campo de la política, en el cual no quiero ni debo fijar ahora los ojos; porque el encargo recibido de la Facultad á que, inmerecidamente pertenezco, se reduce á honrarle como á eximio profesor y médico eminente; y porque ni el lugar ni la ocasión se compadecen con juicios y apreciaciones que, talvez, no obtendrían la unánime aprobación del auditorio que, con su benévola atención, me favorece. Básteme, pues, recordar á ese respecto, que el ciudadano, cuyo panegírico se me ha encomendado, sirvió á la Patria en aquel terreno con patriótico desinterés, ya como Concejero Municipal, ya como Gobernador de la Provincia de Pichincha, ya como Legislador, ya como Consejero de Estado, sin abandonar, durante el ejercicio de esos cargos públicos, el estudio y práctica profesionales que fueron su más brillante timbre.

MAS ¿deberé igualmente guardar silencio respecto de las virtudes privadas que, en el recinto del hogar doméstico y en el campo de las relaciones sociales, le distinguieron como esposo fiel, padre dignísimo, amigo sincero y siempre leal, hombre desinteresadamente benéfico y caballero sin tacha? ¿Quién

puede oír con desdeñosa indiferencia el justo encomio de esas virtudes para todos simpáticas á la par que raras é inestimables? Acordes conmigo—lo tengo por seguro—las reconocéis y ensalzáis, y conmigo, agregáis el galardón de vuestra estima al que habrán recibido del Soberano Juez, que no deja virtud sin fúlgida corona, ni acto virtuoso sin condigna recompensa.

No cansaré más vuestra atención, Señores, el **Doctor Ascencio Gándara** falleció el 30 de Julio de este año 1902, pocas horas después que su digna esposa había levantado el vuelo á las moradas eternas; y esta pavorosa coincidencia conturba todavía profunda y dolorosamente mi espíritu. Debo terminar; pero no terminaré sin presentar á la memoria del Maestro la ofrenda de mi más intensa gratitud. La deposito ante la veneranda imagen aquí presente, sea religiosamente conservado su retrato, desde hoy, en este Templo de la ciencia, y hago mis fervientes votos para que, los jóvenes consagrados ó que en adelante se dedicaren al estudio de la Medicina, tengan por dechado perfecto al Profesor insigne, honra de esta Universidad y gloria de la Patria.

HE DICHO.



DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL

SR. DN. ISIDRO R. AYORA

Presidente de la Corporación "Estudios de Medicina," en la ceremonia fúnebre que, en honor
á la memoria del

SR. DR. DN. ASCENCIO GANDARA

SE CELEBRO EL 22 DE OCTUBRE DE 1902 EN LA
UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR

Señores Profesores, Señores:

La Corporación "Estudios de Medicina" á la que tengo á mucha honra pertenecer, no ha querido ni debía dejar de manifestar en esta solemne ceremonia su justo duelo por el eterno desaparecimiento del ilustre médico DOCTOR ASCENCIO GANDARA, gloria y prez del dignísimo profesorado de esta Universidad,

y orgullo también de la mentada Corporación, que tuvo la fortuna de contarle entre sus miembros honorarios.

Con el honroso encargo de hacer esta manifestación y proclamar el alto concepto en que siempre tuvimos sus discípulos al SEÑOR DOCTOR GANDARA y la estimación verdadera y profundo respeto que le profesámos, he sido favorecido, aunque sin merecimiento alguno de mi parte, por mis distinguidos colegas. Y en manera alguna habríame resuelto á traer su voz ante el ilustrado auditorio que me escucha, sino confiase en que éste había de dispensarme, como lo espero, la indulgencia que he menester en el desempeño de mi difícil cometido.

En la bien trazada biografía con que uno de los más conspicuos miembros de la Facultad Médica acaba de regalarnos, se nos ha presentado tan elevada, como en realidad lo era, la luminosa personalidad del DOCTOR GANDARA, vista en todas las múltiples fases en que justicieramente ha sido considerada. Nada encuentro, pues, que pudiera añadirse á tan acabada exposición, mayormente cuando considero que los grandes méritos y virtudes del ilustre extinto han sido palmarios para todos vosotros que le habéis visto consagrado con abnegación sin límites á trabajar por el engrandecimiento y prosperidad de nuestra amada Patria; por el adelanto de la juventud estudiosa que le miraba como á uno de sus más entusiastas y sabios directores; por el alivio de la humanidad doliente como ministro digno del santo sacerdocio de la Medicina; por la prosperidad, en fin, que todo hombre bueno ansía para ese bello conjunto de seres queridos que llamamos familia.

No obstante, se me permitirá que os hable, por breves momentos, de la benéfica existencia del **DOCTOR GANDARA** considerada en todo aquello que puede servir de espejo donde se mire la juventud, especialmente la que sigue la misma profesión en que él llegó á ser exhimio, y de su proficua labor en pro del adelanto de la Medicina en nuestro país, ya que bajo estos aspectos fué preferentemente objeto de nuestra admiración sincera y nuestra gratitud y respeto profundos.

Crecer y formarse á la sombra bendita del hogar paterno, donde al par que atinada dirección se encuentran las más dulces recompensas por cada esfuerzo en la ruda faena de disipar del cerebro las obscuridades de la ignorancia, en esa lenta y laboriosa transformación en la que es preciso estar domoñando sin cesar los impulsos y tendencias de la naturaleza inculta; poder contar con tan sagrado refugio en esa época, llena de inolvidables impresiones, en que se abre los ojos á la vida del mundo; educarse, en una palabra, de este modo, es la menos peligrosa suerte que puede correr un adolescente; y por dicha lo que de ordinario ocurre en el caprichoso curso de la vida. Mas, á las veces, desátase desde muy temprano una como tempestad de adversos acontecimientos, bastante para abatir y cortar las alas al inexperto soñador aun no acostumbrado á la lucha por la existencia; tempestad á cuyo embate sólo saben resistir, con ánimo firme y valeroso, los caracteres bien templados, aquellos individuos de organización superior, que pueden gloriarse de no de-

ber sino á su propio esfuerzo, todos y cada uno de los triunfos con que han ido marcando el sendero por donde avanzaron hacia la cumbre de su engrandecimiento.

En el número de estos últimos figura con ventaja el SEÑOR DOCTOR ASCENCIO GANDARA. Su niñez, regalo y regocijo en el querido hogar paterno; inmensa ventura tras la cual sucedióse bien pronto la más desolada orfandad. El risueño horizonte que se ofrecía á su juventud, entenebrecióse horriblemente, y empezó á rugir la tempestad en torno de él. Héle allí desheredado de bienes de fortuna, solo, sin amparo alguno! Mas, no importa!: su energía es indomable, sus precoces facultades han despertado, y su pecho se ha abierto á la noble ambición de elevarse, porque se siente capaz de la grandeza. Entonces comienza ese bregar heroico, ese continuo y abnegado sacrificio que hubo de imponerse, dada su naturaleza ardiente, altiva y generosa, nacida para accionar en amplia esfera, que le condujeron, bien lo sabéis, á la cima de donde le hemos visto desaparecer.

Su marcada vocación para la Medicina revelóse en sus cualidades naturales de perspicaz observador que demostró poseer desde niño, y en la clase de hechos en que especialmente las ponía de manifiesto.—Aun me parece verle y escucharle, anciano venerable, cuando complacientemente nos refería á este respecto, en una de sus inolvidables conferencias, cómo en varias ocasiones hizo acertados diagnósticos entre las verdaderas y las simuladas enfermedades de sus compañeros de colegio, valiéndose, sin saberlo

por entonces, de datos y signos perfectamente científicos.

No tuvo, pues, que vacilar: la Medicina le llamaba y apasionaba de manera irresistible, y obedeció á ese llamamiento, sin detenerse ante lo doloroso del *vía-crucis* que para él significaba el emprender en el estudio de una carrera profesional que había de imponerle largos años más de amarguras y privaciones sin cuento.

Los ingenios privilegiados encuentran un campo vastísimo donde espaciarse y mitigar cuanto es posible la sed de luz y de verdad que les devora, en el estudio de la maravillosa organización de los seres vivientes y de las complicadísimas funciones que constituyen la característica de su ser, su proceso vital: esa pasmosa resultante que llamamos vida, obra la más acabada de la fecunda é infatigable naturaleza.

Ascendiendo desde los fenómenos menos complicados recorre la inteligencia humana este vasto campo de investigación, hasta ir á dar en las indiscutibles y trascendentales conclusiones científicas que ha deducido de su imponderable labor de observación y experimentación; labor gigantesca en la que ha fundado, además, como sobre firme base sus atrevidas inducciones acerca de las leyes universales que rigen la materia, así la inorgánica como la orga-

nizada y viviente, en la inmensa variedad de fenómenos que en ella se verifican.

Grandioso ejercicio intelectual para un talento superior absorberse en el estudio del organismo de los seres vivos, condición indispensable de todos cuantos fenómenos ve realizarse en ellos, desde los más rudimentarios de las especies biológicas inferiores hasta los complicadísimos procesos psíquicos del hombre, y para cuya realización no encuentra ni reconoce sino una sola causalidad, de carácter universal, que se extiende á toda clase de fenómenos naturales.

Grandioso ejercicio intelectual escrudiñar, con mirada penetrante, el conjunto de principios constitutivos de esa legislación universal que abarca en sus principales líneas la evolución y desarrollo de todos los seres de la naturaleza; que señala las innegables analogías entre el desarrollo, ó sea el progreso de un organismo dotado de vida y el de las sociedades, y aun el de la materia inerte; que, en fin, nos hace ver en el hombre la fuente primitiva y única de los usos, costumbres, artes, ciencias, religiones, literatura, de la civilización humana, en una palabra.

El entendimiento felizmente dotado, que se entrega á tan elevadas inquisiciones, no puede menos que desenvolverse vigoroso y engrandecerse, volviéndose, al propio tiempo, libre, independiente, altivo, audaz en su majestuoso vuelo por sobre las preocupaciones y convencimientos ciegos.

La personalidad intelectual del DOCTOR GANDARA acabó de formarse y modelarse, y tomó un rumbo definitivo, sufriendo acaso trascendentales cambios, en ese grandioso gimnasio que ofrecen á la razón las ciencias biológicas en consorcio con las demás naturales que dependen de ellas, y se les subordinan para ir, unidas, en pos de la solución de los problemas más complejos, de las cuestiones más abstrusas, pero en supremo grado interesantes que se propone investigar la ciencia. De ahí se le vió muchas veces salir, brioso y altivo, á sustentar en sus exámenes las doctrinas de que había llegado á convencerse, después de pacientes estudios y profundas meditaciones, por mucho que ellas no fuesen todavía aceptadas en el medio ambiente de los tiempos que corrían, por falta de libre y avanzado vuelo en las inteligencias. ¿Qué otro palenque, señores, más adecuado para el ejercicio y desenvolvimiento de sus no comunes facultades intelectuales?

Había llegado á penetrarse de que el estudiante de Medicina, más que otro alguno, no tiene tiempo que perder; y así, no obstante su natural expansivo y ardiente, veíasele dedicado á sus labores de escuela con el celo y entusiasmo que despliegan las nobles naturalezas en la persecución de los ideales de que llegan á posesionarse. Fué estudiante de verdad: no sólo amaba con delirio la ciencia á que se había dedicado, y á cuyo estudio se consagró por entero —como si no existiese para él otra cosa—, sino que además procuraba vivamente su mejoramiento personal bajo todos aspectos, para contribuir, por su parte, al ennoblecimiento y brillo de su futura, augusta profesión.

Al entrar en el terreno de las aplicaciones de los conocimientos adquiridos, en el estudio del enfermo en la abrumadora diversidad de casos y en las variadas condiciones de cada uno, que le vuelven un problema único, sin identidad en la práctica; al afrontar la dirección de la delicada y complicadísima lucha que libra el organismo para recobrar el don precioso de la salud, véanse perplejos con frecuencia los talentos más claros: no aciertan ó no se deciden á tomar rumbo alguno. Y tal sucede, porque en esta nueva vía de desarrollo intelectual, es preciso que quien aspira á no andar á ciegas por ella, se someta pacientemente á rigurosa preparación, á muy duras pruebas; que su cerebro se encienda, arda al calor de las dificultades, se purifique de sus errores, y acopie en esta combustión el calor con que ha de modelarse y la luz con que necesita resplandecer el verdadero sacerdote de la salud.

Y he querido dar una idea de este nuevo aspecto científico de la Medicina para que resalten, como juzgo que lo merecen, las excepcionales dotes del DOCTOR GANDARA y la labor constante con que fué conquistándose merecido renombre de clínico sagaz, atinado y profundo. En los últimos cursos universitarios era ya notable su apasionamiento por el estudio práctico de la Medicina; había llegado, como si dijéramos, á su terreno, al hermoso campo de la clínica en el que le estaban reservados sus más justos triunfos, sus mejores glorias. Sabía, es verdad, que no puede aspirarse á las glorias de la ciencia sino mediante el trabajo; trabajo metódico, perseverante y remunerador; verdadera bendición antes que maldición, que hace feliz al hombre, y que

es su más leal amigo, su más grato consuelo así en las horas tranquilas y monótonas como en las agitadas y borrascosas de la existencia. Por eso, el **DOCTOR GANDARA** al dejar los bancos de la escuela, después de su lucida incorporación en la Facultad de Medicina, se hizo el firme propósito de continuar en su vida de paciente labor, de ímprobo estudio que hasta allí había llevado; y á fe que supo cumplirlo.

La humanitaria ciencia de curar tiene un ministerio excelso: ataviada con el ropaje de la esperanza se presenta serena y majestuosa á ejercer sus santas funciones en medio de los acerbos dolores, de las supremas angustias, las desesperaciones indómitas que se aunan, á las veces, en fatídica alianza para volver locos de dolor á los hombres. Viene personificada en el médico; todos los ojos se vuelven anhelantes á él; su figura se destaca en esos momentos aciagos como la de un ser superior; debe obrar milagros, porque la desgracia los exige; tiene la autoridad ilimitada de un dictador, pero, al mismo tiempo, ha contraído tremendas responsabilidades.

Oh!, señores, qué horribles y qué trágicas son las enfermedades y la muerte!

Confesemos, eso sí, que no siempre les es dado á las fuerzas destructoras realizar su obra con tan altanero é irresistible poder; que existen también días plácidos y bonancibles, días de ventura en que

podemos contemplar la fecundidad universal, la vida exhuberante ostentándose magníficas y espléndidas.

Pasan las trágicas escenas, dejando, es verdad, huellas imborrables en nosotros, y torna la vida ordinaria con sus temores y sus luchas, sus ilusiones y desengaños, con sus eternos anhelos de felicidad.

Ansioso el hombre de conseguirla, se lanza tras ella por senderos diferentes; si la encuentra ó no, depende principalmente de sí mismo, y de los principios que le informan. Mas, en todo caso, su naturaleza corpórea, su condición de viviente, reclaman la salud, fuente de riqueza y prosperidad, como base indispensable del bienestar á que aspira. ¡Y cuántas veces en los torcidos senderos por donde se ha encaminado en su busca, encuentra abismos que le atraen, y cae en ellos, y pierde la salud, y, lo que es más, la energía necesaria para levantarse y abandonarlos!

¡Qué miserable es el hombre enfermo! ¡Cuánto de funesto se oculta tras los velos de su aparente resignación! Necesita para su alivio de un semejante suyo, capaz de comprender su estado y ver en el fondo de su desgracia; de otro hombre á quien comunicarla y en quien confiar: ese portador de alivio y consuelo es el médico. El enfermo, cual cándido niño, se echa en sus brazos y le abre su pecho; la naturaleza humana se presenta ahí en su más genuina expresión; el médico no tiene sino que abrir los ojos para contemplarla y poder apreciar cuan digna de consuelo, amor y respeto es en medio de sus desgracias.

Empero, no siempre es posible llevar el consuelo á los corazones: hay males irremediables! Mas, no por eso deja el hombre de combatirlos, impelido por la repulsión natural entre su ser y la desgracia, á la que está rechazando constantemente por medio de cualquier suerte de esperanzas. Ya ha perdido la confianza en lo humano, necesita depositarlo en algo más poderoso, en algo que sea eficaz para su remedio: en los seres extraterrenos y omnipotentes que le ofrece su religión, cualquiera que ella sea. A ellos sí puede exigirles los imposibles en que ha menester cifrar sus esperanzas. Obstínase en alcanzar en favor suyo los milagros que han de redimirle, porque en esa obstinación consiste precisamente su único remedio: sin ella sería mucho más infeliz: no tendría un baluarte que oponer á la desgracia.—Oh! sí, mientras más fe, mejores los consuelos: tal es la condición de la naturaleza humana; y está bien que sea así. ¿Querriamos, por ventura, verla entregarse, desesperada, en brazos de un puro realismo.....?

En medio de todo, los consuelos que ofrece la Medicina, son, por dicha, muy positivos.

El médico es un sacerdote que oye, no con ademán severo ni fulminando terribles amenazas para arrancar lágrimas de arrepentimiento, la confesión de las debilidades del hombre. Al contrario, rebozando en caridad, le alienta, le ayuda á levantarse, le muestra el camino de su salvación.—Es el depositario de la confianza humana: le confiamos la vida que constituye nuestro mayor bien, el que á todo trance queremos conservar. Tan grande como precioso depósito suscita, es verdad, desconfianzas y te-

mores. La Medicina y los médicos necesitan volverse grandes, muy grandes, para merecer la confianza y respeto de las multitudes. Mas, ¡cuántas pasiones, cuántas preocupaciones, cuántos mezquinos intereses se oponen á ese engrandecimiento! Ahí de los hombres superiores; á ellos les toca indicar la ruta; su proceder se impone y va triunfando de los hábitos inveterados, de las viejas ideas consagradas por inexplicables é infundados respetos.

¿Qué grandeza puede existir sin ciencia? El médico debe ser sabio!

¿Qué confianza puede merecerse sin carácter? El médico debe poseerlo muy firme y muy levantado!

¿Cómo va á ennoblecer la profesión, si de común acuerdo no lo procuran todos los profesores? El médico debe ser leal con sus compañeros, y estar siempre animado de nobilísimos sentimientos!

¿Qué idea de la Medicina se formará el pueblo, si los médicos, antes que librar las buenas batallas de la salud, libran las del interés? El médico no puede ser pagado con el oro del mundo; la recompensa suficiente de sus desvelos existe sólo en la satisfacción interna que le procura el haber arrancado una víctima de los brazos de la enfermedad, precursora de la muerte, triunfo cuyo mérito sólo él sabe justipreciar.

Qué gran papel, señores, el que desempeñó el SEÑOR DOCTOR GANDARA como médico modelo! Era hombre sin doblez, á quien se podía confiar el corazón entero, el médico consciente que se desvelaba por la suerte de sus enfermos, el médico lleno de confianza y de fe en la Medicina, revestido de carácter romano, extremado en la lealtad para con sus profesores y clientes, como quiera que la nobleza de sentimientos, el amor al deber, la compasión, la caridad fueron sus más sobresalientes virtudes.

Su austera moral médica era motivo de sonrojo para los que no procedían como él: hubo de imitársele; se impuso por la fuerza irresistible del genio y la virtud. Llevó hasta la exageración, si puede haberla, sus levantados principios de conducta como médico; y por cierto que nunca pudo atribuírsele ni siquiera un desliz voluntario.

Si va de ciencia, la suya fué de grandes vuelos. Perteneció á la clase de aquellas intelectualidades investigadoras y profundas que dominan por completo los problemas que se les presentan, que se asimilan los conocimientos científicos hasta el punto de formarse, uniéndolos con los que les proporciona su experiencia personal, una como ciencia propia, uno como criterio exclusivo.

La clínica fué el campo de la Medicina en que descolló especialmente: veía claro, y en el fondo; veía con luz propia, inexplicable para muchos; casi siempre no se detuvo talvez lo bastante para darse entera cuenta del inmenso alcance de sus magníficas visiones; pero veía, veía con rapidez y acierto, y

esto era suficiente. Por eso delante del enfermo poco gustaba de discutir las teorías y doctrinas de que alardea la ciencia; íbase derecho á interpretar los fenómenos que observaba, y su penetrante visión descubría la enfermedad á travez de obscuridades muy densas. Con pulso singular pesaba la cantidad de vida del enfermo: su pronóstico falló muy rara vez.

Fué un convencido de la ciencia: creía en los prodigios que merced á ella pueden efectuarse, y bregó por verlos realizados en sí mismo. ¿Efecto de qué era, sino, su caro ideal de vida centenaria, por el que nada de cuanto pudo dejó de sacrificar, y que no estuvo en mucho que tuviera la suerte de verlo cumplido?

He allí su obra como médico, he allí su proficua labor por el prestigio y adelanto de su profesión entre nosotros. En la historia de la Medicina ecuatoriana tiene de figurar en primera línea, como regenerador, como esforzado campeón en la reforma más trascendental que, como ocurrida en la época en que accionó, nos relate el historiador.

Correspóndele, además, una corona como maestro; y en este concepto fué también de los innovadores. Siendo como era un gran convencido, un verdadero ministro de la religión del progreso, sus actos en el magisterio no pudieron menos de recibir el influjo de ese aliento civilizador que había llegado á formar parte de su propio ser. La juventud reconoció en él al director de las facultades hu-

manas por los senderos de la ciencia, la dignidad, el orden, la justicia y el deber. Fué todo un carácter, y no pudo consentir en torno de él sino caracteres forjados en la fragua de su ser excepcional.

He ahí, señores, por qué es tan digna de admiración, respecto y gratitud la personalidad del DOCTOR GANDARA. Ella crecerá con el andar del tiempo, y se presentará á las generaciones futuras como el modelo del ciudadano immaculado, del médico sabio y humanitario, del amigo sin tacha y sin doblez. Llenó cumplidamente su misión, y desapareció dejando en pos de sí la estela luminosa de su ciencia y su virtud.

Por eso los jóvenes le amamos y veneramos tanto! Por eso la Corporación "Estudios de Medicina," en representación de los estudiantes de la Facultad Médica, ha concurrido hoy con su modesta corona de siemprevivas, á depositarla en el pedestal sobre el que se alza, llena de majestad, la luminosa figura del maestro inolvidable.

HE CONCLUÍDO.
